

ALFAGUARA


Emma Donoghue

La Habitación

Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino

La Habitación es para Finn y Una, mis mejores obras.

¡Ah, hijo, qué angustia tengo!
Pero tú dormitas, duermes como niño de pecho,
dentro de este incómodo cajón de madera
de clavos de bronce que destellan en la noche,
tumbado en medio de la tiniebla azul oscuro.

«Lamento de Dánae»

SIMÓNIDES DE CEOS (circa 556-468 a. C.)

[Trad. de Carlos García Gual,

Antología de la poesía lírica griega (siglos VII-IV a. C.), Madrid,

Alianza, 1980]

Ésta es una obra de ficción. Las personas, los acontecimientos, las circunstancias y las instituciones que se describen pertenecen por entero al terreno de la ficción y son producto de la imaginación de la autora. El posible parecido entre un personaje y cualquier persona real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Regalos

Hoy tengo cinco años. Anoche cuando me fui a dormir al Armario tenía cuatro, pero al despertarme en la Cama, aún oscuro, ya había cumplido cinco, abracadabra. Antes de eso tenía tres, luego dos, luego uno y luego cero.

—Y antes, ¿tuve años de menos?

—¿Mmm? —Mamá se despereza estirando todo el cuerpo.

—En el Cielo. Si tenía menos uno, menos dos, menos tres...

—No, los números no empezaron hasta que bajaste volando a toda pastilla.

—Y entré por la Claraboya. Estabas muy triste hasta que de repente aparecí en tu barriga.

—Tú lo has dicho —Mamá se incorpora y se asoma un poco de la Cama para encender la Lámpara, que lo baña todo de luz, zasssssss.

Cierro los ojos justo a tiempo, y luego abro uno sólo una rendija, y después los abro los dos.

—Lloré hasta que no me quedaron lágrimas —dice—. Pasaba el tiempo tumbada, contando los segundos.

—¿Cuántos segundos? —pregunto.

—Millones y millones.

—No, pero ¿cuántos exactamente?

—Perdí la cuenta —dice Mamá.

—Y entonces deseaste con todas tus fuerzas que te creciera un huevo, hasta que te pusiste gorda.

Sonríe.

—Sentía tus pataditas.

—¿Y a qué le daba patadas?

—Pues a mí, claro —esa parte siempre me da risa—. Desde dentro, pumba, pumba —Mamá se levanta la camiseta de dormir y hace saltar la tripa—. Pensé: «Jack está en camino». Y a primera hora de la mañana saliste y resbalaste hasta la alfombra, con los ojos abiertos como platos.

Miro la Alfombra, estirada en el Suelo con sus colores rojo, marrón y negro en zigzag. Hay una mancha que hice sin querer cuando nací.

—Cortaste el cordón y quedé libre —le digo a Mamá—. Entonces me convertí en un niño.

—Niño ya eras, en realidad —sale de la Cama y va hasta el Termostato, para caldear el aire.

No creo que viniera anoche después de las nueve. Cuando viene, el aire siempre se nota distinto. No pregunto, porque a Mamá no le gusta hablar de él.

—Dime, señor Cinco, ¿quieres tu regalo ahora o después del desayuno?

—¿Qué es, qué es?

—Ya sé que estás emocionado —dice—, pero recuerda que no tienes que morderte el dedo, porque podrían meterse microbios en la herida.

—¿Y ponerme malito, como cuando tenía tres años y empecé a vomitar y me dio diarrea?

—O peor aún —dice Mamá—. Los microbios pueden hacer incluso que una persona se muera.

—¿Y que vuelva al Cielo antes de tiempo?

—Y dale, mírate: sigues mordiéndote —me aparta la mano de la boca.

—Perdón —me siento encima de la mano traviesa—. Llámame otra vez señor Cinco.

—Entonces qué, señor Cinco, ¿ahora o luego? —dice.

Me planto de un salto en la Mecedora para mirar el Reloj, que dice las 07.14. Me agunto en equilibrio en la Mecedora como si fuera una tabla de *skate*, y luego vuelvo de un salto al Edredón, ¡yupi!, y aterrizo en el *snowboard*.

—¿Cuándo es mejor abrir los regalos?

—De las dos formas estaría bien. ¿Quieres que escoja por ti? —pregunta Mamá.

—Ya tengo cinco años, tengo que escoger yo —el dedo se me ha metido otra vez en la boca; lo pongo debajo de la axila y la cierro con llave—. Escojo... ahora.

Saca algo de debajo de su almohada, creo que ha estado ahí escondido toda la noche sin que nadie lo viera. Es un papel con renglones, enrollado en un tubo y atado con la cinta lila de las mil chokolatinas que tuvimos cuando pasó la Navidad.

—Ábrelo —me dice—. Con cuidado.

Descubro la manera de deshacer el nudo, desenrollo el papel, lo aliso: es un dibujo, a lápiz nada más, sin colores. No sé qué es hasta que lo pongo del revés.

—¡Soy yo! —igual que en el Espejo pero más, porque aquí se me ve la cabeza, y el brazo y el hombro con la camiseta de dormir—. ¿Por qué mis ojos del dibujo están cerrados?

—Estabas durmiendo —dice Mamá.

—¿Cómo hiciste un dibujo dormida?

—No, yo estaba despierta. Ayer por la mañana, y anteayer, y el día anterior, encendía la lámpara y te dibujaba —ya no sonrío—. ¿Qué pasa, Jack? ¿No te gusta?

—No me gusta cuando tú estás encendida y yo apagado...

—Bueno, es que no podía dibujarte despierto, porque entonces no hubiera sido una sorpresa —Mamá se queda callada—. Creí que te haría ilusión que fuera una sorpresa.

—Prefiero que sea una sorpresa y saberlo.

Creo que le asoma una sonrisa.

Me subo a la Mecedora para coger una chincheta del Costurero, que está encima de la Estantería. Eso significa que de las seis que había ahora quedará una. Antes teníamos siete, pero una desapareció. Hay una aguantando las *Obras maestras del arte occidental núm. 3: Santa Ana, la Virgen, el Niño y San Juan niño* detrás de la Mecedora, y una que sujeta *Obras maes-*

tras del arte occidental núm. 8: *Impresión: sol naciente* al lado de la Bañera, y una clavada en el pulpo azul y otra en la lámina del caballo loco que se llama *Obras maestras del arte occidental* núm. 11: *Guernica*. Las obras maestras venían en las cajas de los copos de avena, pero el pulpo lo hice yo, es mi mejor dibujo del mes de marzo; se está ondulando un poco por el vapor que sube cuando llenamos la Bañera. Clavo con la chincheta el dibujo sorpresa de Mamá en la plancha de corcho que hay justo en mitad de la pared, encima de la Cama.

Ella niega con la cabeza.

—Ahí no.

No quiere que el Viejo Nick lo vea.

—¿Y en el fondo del Armario, por dentro? —pregunto.

—Buena idea.

El Armario es de madera, así que tengo que hacer superfuerza para clavar la chincheta. Cierro las puertas tontainas que siempre chirrían, incluso después de ponerles aceite de maíz en las bisagras. Miro a través de los listones, pero está demasiado oscuro. Las abro un poquito para espiar: el dibujo secreto es blanco, menos las rayas finitas de color gris. El vestido azul de Mamá cuelga un poco más arriba de mi ojo dormido; me refiero al ojo de mentira del dibujo. El vestido colgado está en el Armario y es de verdad.

Huelo a Mamá a mi lado, tengo el mejor olfato de la familia.

—Oh, se me ha olvidado tomar un poco al levantarme.

—No pasa nada. A lo mejor ahora que tienes cinco años podemos saltarnos alguna que otra toma de vez en cuando, ¿no crees?

—Nanay de la China.

Así que se tumba en la blancura del Edredón, y yo me tumbo también y tomo un montón.

Cuento los cereales hasta cien, echo sin salpicar una cascada de leche que es casi del mismo blanco que los cuencos y damos las gracias al Niño Jesús. Elijo la Cuchara Derretida, con el mango blanco lleno de burbujitas de cuando se apoyó por accidente en la olla de cocer la pasta. A Mamá no le gusta la Cuchara Derretida, pero es mi favorita porque no es como las demás.

Acaricio los arañazos de la Mesa: sana, sana, culito de rana. La Mesa es un círculo todo blanco, menos los arañazos grises de cortar encima los alimentos. Mientras comemos jugamos a Tararear, porque para eso no hace falta mover la boca. Adivino «Macarena» y «She'll Be Coming 'Round the Mountain», y también «Swing Low, Sweet Chariot», aunque en realidad es «Stormy Weather». Como son dos puntos, me gano dos besos.

Tarareo «Row, Row, Row Your Boat», Mamá la adivina enseguida. Entonces empiezo con «Tubthumping». Mamá pone una mueca.

—Ah, me la sé... Es esa que habla de cuando te derriban y vuelves a levantarte, ¿cómo se llama? —dice.

Se acuerda casi al final del todo. Cuando me toca por tercera vez hago la de «Can't Get You out of My Head», y Mamá no tiene ni idea.

—Has elegido una difícil... ¿La has oído por la tele?

—No, te la he oído a ti —no me puedo aguantar y se me escapa el estribillo; Mamá dice que está en Babia.

—Tarugo —y le doy sus dos besos.

Llevo mi silla hasta el Lavabo para fregar los cacharros; con los cuencos tengo que ir con cuidado, pero con las cucharas puedo hacer clinc, clanc, clonc porque no pasa nada. Saco la lengua delante del Espejo. Mamá aparece por detrás, veo mi cara pegada encima de la suya, como la máscara que hicimos cuando fue Halloween.

—Ojalá el dibujo fuera mejor —dice—, pero por lo menos te muestra como eres.

—¿Y cómo soy?

Da unos golpecitos en el Espejo, donde está mi frente. Los dedos dejan un cerco en el cristal.

—Mi vivo retrato.

—¿Por qué soy tu vivo retrato? —poco a poco, el cerco desaparece.

—Eso quiere decir que te pareces a mí. Supongo que porque eres sangre de mi sangre. Los mismos ojos castaños, la misma boca grande, la misma barbilla puntiaguda...

Nos miro a los dos al mismo tiempo, mientras los nosotros del Espejo nos miran también.

—La nariz no es la misma.

—Bueno, es que de momento tienes nariz de niño.

Me la agarro.

—¿Se me caerá y me saldrá una nariz de adulto?

—No, no, solamente crecerá. Y el mismo pelo castaño...

—Pero el mío me llega hasta la cintura, y el tuyo sólo hasta los hombros.

—Eso es verdad —dice Mamá mientras coge la Pasta de Dientes—. Todas tus células están el doble de vivas que las mías.

No sabía que las cosas pudieran estar vivas a medias. Aunque tampoco sabía que los retratos tuvieran vida dentro. Miro de nuevo el Espejo. Nuestras camisetas de dormir también son diferentes, y la ropa interior: la de ella no tiene ositos.

Cuando escupe la segunda vez es mi turno con el Cepillo de Dientes; me restriego todos los dientes por todas las caras. Enjuago las babas de los dos, que resbalan por el Lavabo, y pongo sonrisa de vampiro.

—Ah —Mamá se tapa los ojos—, me deslumbras con esos dientes tan limpios.

Los suyos están bastante picados porque durante un tiempo se olvidó de lavárselos; ahora le da pena y ya no se olvida, pero siguen llenos de caries.

Pliego las sillas y las pongo al lado de la Puerta, apoyadas en el Tendedero. Aunque él siempre se queja y dice

que no hay espacio, si se pone bien plano entran todos de sobra. Yo también puedo plegarme, aunque no tanto porque estoy vivo y tengo músculos. La Puerta está hecha de un metal brillante mágico. Hace *piiii, piii* después de las nueve, y entonces se supone que tengo que quedarme apagadito dentro del Armario.

La cara amarilla de Dios hoy no entra en la Habitación, Mamá dice que le cuesta abrirse paso por la nieve.

—¿Qué nieve?

—Mira —dice señalando hacia arriba.

Hay un poquito de luz en lo alto de la Claraboya, el resto está todo oscuro. La nieve por la Tele es blanca, pero la de verdad no. Qué raro.

—¿Por qué no nos cae encima?

—Porque está fuera.

—¿En el Espacio Exterior? Ojalá estuviera dentro, así podríamos jugar con ella.

—Ah, pero entonces se derretiría, porque aquí dentro se está calentito —empieza a tararear, y a la primera adivino que es «Let It Snow». Canto la segunda estrofa. Luego hago «Winter Wonderland» y Mamá canta conmigo, pero más agudo.

Todas las mañanas hay miles de cosas que hacer, por ejemplo, darle a la Planta una taza de agua dentro del Lavabo para que no chorree, y volver a colocarla luego en su platito, encima de la Cajonera. La Planta vivía en la Mesa, pero la cara amarilla de Dios le quemó una hojita. Aquélla se le cayó, pero le quedan nueve, que son tan anchas como mi mano y están cubiertas de pelusilla, igual que un perro, dice Mamá. Pero los perros son Tele. No me gusta el nueve. Descubro que hay una hoja diminuta saliendo, así que cuentan como diez.

La Araña es de verdad. La he visto dos veces. Ahora la busco debajo de la Mesa, pero entre la pata y lo plano sólo veo una telaraña. La Mesa aguanta muy bien el equilibrio, y mira que es difícil; yo, aunque pueda pasarme siglos a la

pata coja, al final siempre me caigo. A Mamá no le cuento lo de la Araña. Ella dice que las telarañas son suciedad y las barre. A mí me parecen plata superfina. A Mamá le gustan los animales que corren por ahí comiéndose unos a otros en el planeta de la fauna, y en cambio los de verdad no le gustan. Una vez, cuando tenía cuatro años, me quedé mirando las hormigas que subían en fila india por la Cocina, y ella vino corriendo y las chafó todas para que no se llevaran nuestra comida. Un momento estaban vivas y al minuto siguiente eran polvo. Lloré hasta que por poco se me derritieron los ojos. Otra vez por la noche algo hacía zzzzzzz, zzzzzzz, zzzzzzz y me picaba, y Mamá lo aplastó contra la Pared de la Puerta, debajo de la Estantería: era un mosquito. Aunque ella la restregó, ahí está todavía en el corcho la marca de la sangre que el mosquito me estaba robando, igual que un vampiro chiquitín. Ésa fue la única vez que se me ha salido sangre del cuerpo.

Mamá se toma la pastilla del paquete plateado que tiene veintiocho capsulitas espaciales. Luego me da una vitamina del frasco con el niño que hace el pino, y ella coge una del grande con el dibujo de una mujer que juega al tenis. Las vitaminas son una medicina para no ponerte enfermo y no volver al Cielo todavía. Yo no quiero ir nunca porque no me gusta morirme, pero Mamá dice que está bien irse cuando tengamos cien años y ya estemos cansados de jugar. También se toma un matadolores. A veces se toma dos: nunca más de dos, porque hay cosas que son buenas para nosotros, pero si se toman de golpe hacen daño.

—¿Te duele la Muela Mala? —pregunto. Está arriba, casi al fondo de la boca de Mamá, y es la peor de todas.

Mamá asiente.

—¿Por qué no te tomas dos matadolores a cada ratito todos los días?

Hace una mueca.

—Entonces me engancharía.

—¿Qué es eso?

—Como estar colgada de un gancho, porque el cuerpo me los pediría constantemente. De hecho, necesitaría tomar cada vez más.

—¿Y qué hay de malo en necesitar?

—Es difícil de explicar.

Mamá lo sabe todo, menos las cosas que no recuerda bien o algunas que no puedo entender porque soy demasiado pequeño.

—Las muelas no me duelen tanto si dejo de pensar en ellas —me dice.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Se llama control mental. La mente es muy poderosa, y si no pensamos en algo, dejamos de darle importancia.

Cuando me duele cualquier trocito de mi cuerpo, siempre le doy importancia. Mamá me frota el hombro. Aunque no me duele, me gusta igual.

Todavía no le cuento lo de la telaraña. Qué raro tener un secreto que es mío y no de Mamá. Todo lo demás es de los dos. Supongo que mi cuerpo es mío, y también las ideas que pasan dentro de mi cabeza. Pero mis células nacieron de sus células, así que de alguna manera soy suyo. También cuando le cuento lo que estoy pensando y ella me dice lo que está pensando, cada una de nuestras ideas saltan a la cabeza del otro, igual que cuando pintas azul encima del amarillo y sale verde.

A las 08.30 aprieto el botón de la Tele y al probar entre los tres canales encuentro a *Dora la Exploradora*, ¡yupi! Mamá le da vueltas al Conejo Orejón, despacito, para que al moverle las orejas y la cabeza la imagen se haga más clara. Un día, cuando tenía cuatro años, la Tele se murió y lloré, pero por la noche el Viejo Nick trajo una caja de convertidor mágica y la resucitó. Después de esos tres canales sólo se ve niebla, así que no los miramos porque hacen daño a los ojos; sólo si hay música ponemos la Manta encima para escuchar a través del gris y mover el culito.